

RODOLFO LLOPIS, CATEDRÁTICO DE GEOGRAFÍA EN LA ESCUELA NORMAL DE CUENCA

ERNESTO BALLESTEROS ARRANZ

RESUMEN

En el presente artículo tratamos de aproximarnos a la singular figura de Rodolfo Llopis en su faceta de profesor de Geografía de la Escuela Normal de Cuenca, quizás uno de los matices menos conocidos y valorados de su rica personalidad. No sólo fue Llopis un político sobresaliente de la II República y un sindicalista, masón y periodista de gran prestigio en todo el mundo, sino que fue un brillante profesor de Escuelas Normales, que desarrolló una temprana labor en la obscura ciudad de Cuenca desde 1919.

ABSTRACT

This article is a portrait of Rodolfo Llopis in his capacity as Geography teacher at a school in Cuenca, this being perhaps one of the lesser known facets of this important personality. Besides being a great politician, of the II Republic, trade unionist, mason and journalist of notable prestige in the world, he was also a great teacher, who developed great work in the obscure city of Cuenca from 1919 onwards.

PALABRAS CLAVE

Política, Educación, República Española.

KEY WORDS

Politics, Education, Spanish Republic.

Ilustrar la obra de este notable profesor de la Escuela Normal de Cuenca no es tarea que pueda resolverse en las breves líneas que tengo encomendadas, tanto por mi escaso conocimiento de su obra y figura, como por la incapacidad de las palabras, instrumentos congelados y abstractos en la memoria, para reproducir la acción viva, rica, dialéctica de un ser humano de estas características. Este artículo no pretende pues descubrir una realidad, ni siquiera una faceta de la misma, sino ser un mero intento de aproximación a un hombre singular.

Nace Rodolfo Llopis en Alicante en 1895, periodo de extraña fecundidad de España, marcado por dolorosas contracciones políticas y sociales y por alumbramientos literarios, científicos y artísticos que no han tenido par en nuestra historia. Quizás por esta razón el profesor Llopis es tan brillante, generoso, dialéctico y combativo como la mayoría de los grandes hom-

bres de su tiempo. No podía ser de otra forma. El carácter no es sólo personal, sino histórico y social.

Con trece años (1908) ingresa en la Normal de Alicante y con quince (1910) recibe el título de maestro. Estas cifras deberían alertarnos sobre la diferencia entre su época y la nuestra. ¿Cuántos jóvenes de quince años podrían en nuestros días hacerse cargo de una escuela y disponerse a «formar conciencias», que según Llopis era el propósito de la educación? No se trata de una pregunta retórica, como podría parecer a simple vista, sino de una reflexión propia al hilo de mis palabras. ¿Estaban equivocados aquellos hombres de principios del siglo XX y sus teorías pedagógicas eran tan claramente insuficientes que no comprendían que un joven de quince años no puede «formar conciencias»? Sí, sí, ya lo sé, entonces había muy poca gente preparada y muy poco que «enseñar», los maestros sólo enseñaban a «escribir, leer y contar» y no conocían ninguna de las sofisticadas técnicas que ahora nos acosan. (¡Qué pena que muchos de nuestros alumnos de ahora, que dicen dominar esas técnicas, no sepan «escribir, leer y contar»!) ¿O será que el término de «formar conciencias» está hoy tan caduco y trasnochado que preferimos dejar a nuestros hijos en manos de talentosos y formadísimos profesionales de la comunicación que los «enseñan con deleite» con sus excelentes concursos televisivos, sus anuncios y sus dibujos animados?

En fin, a los quince años, Llopis era maestro, inducido según él mismo confiesa, por el trabajo y el ejemplo de su maestro Ricardo Vilar, que fue quien le orientó en esta senda educativa. En 1911 se traslada con su familia a Madrid y continúa sus estudios en la Escuela Normal de la capital y más tarde en la Escuela de Estudios Superiores de Magisterio, lo que le capacitaba para ser profesor de Escuelas Normales. En esta Escuela entra en contacto con la Institución Libre de Enseñanza, verdadero hipotálamo pedagógico de la II República española, y en ella traba relación de respeto y amistad con hombres de la talla de Luis Zulueta, Manuel Bartolomé Cossío, y otros. Es también en esta época (1911-1918) cuando siente nacer en su interior la vocación política que nunca separará del todo de la pedagógica y que le hace colaborar en varias revistas, asociaciones y partidos políticos que pretendían resolver el gran problema de España que, a juicio de Llopis, era en aquel momento un «problema de educación» (¿No es siempre el problema de una sociedad un problema de educación?).

En 1919, con 24 años de edad, viene destinado a la Escuela Normal de Cuenca para impartir Geografía. Parece que al año escaso de docente, en el que quiso introducir novedades pedagógicas que no entusiasmaron a sus compañeros y conciudadanos, volvió apresuradamente a Madrid y confesó al profesor Cossío su profunda depresión por el eco que había tenido su trabajo en Cuenca, «una ciudad apartada y aparentemente muerta» (como la define Fernando de los Ríos algunos años después en unas Jornadas pedagógicas de las que luego hablaremos). Cossío le escuchó atentamente con una ligera sonrisa en los labios y le dijo: «Muy bien, muy bien, siga usted así... tenga confianza en sí mismo... siga, siga y venga a verme más a menudo». Mas no era falta de confianza lo que tenía Llopis pues acto seguido regresa a Cuenca y consigue el puesto de Consejero Municipal y abre un templo masónico en la ciudad «obscura y clerical». Muchas de las cosas que ocurrían en España a comienzos de siglo XX parecerían insólitas a comienzos del XX, ¿no creen?

Pero ¿qué geografía se daba en la Normal de Cuenca en 1919? Confieso que este es un tema que me interesó personalmente, pues muchos años después, yo mismo, (con veintisiete años, tres más que él), vine a esta Escuela Normal a cumplir la misma función. Repasando los escasos escritos y manuales que he encontrado de la época, me sorprendió descubrir que no se daba una geografía descriptiva al uso, sino que sobre las bases teóricas de Humboldt, Ritter y Ratzel, se concebía esta disciplina como una ciencia de relaciones entre los fenómenos físicos y las relaciones económicas y se sentaba la metodología didáctica sobre el concepto de región natural. Es decir, Llopis concebía una geografía como ciencia del paisaje, tal y como, muchos años después, me había enseñado mi admirado maestro Manuel de Terán en la Universidad de Madrid. Por tanto yo no tenía que hacer ningún esfuerzo para comprenderlo. Mejor dicho, sí tenía que hacer un esfuerzo para comprender por qué el tiempo avanza tan lentamente en medio de convulsiones políticas y sociales tan inútiles como estremecedoras. Desde el punto de vista didáctico se practicaban los paseos y excursiones (¡algunos nocturnos para observar las fases de la luna!), se hacían observaciones meteorológicas y se partía del entorno y de los intereses vitales del alumno. ¿Qué diferencia puede haber entre estas prácticas y las que ahora recomendamos a nuestros alumnos? Confieso que he conocido algunos maestros del singular plan profesional que siempre me sorprendieron por su singular dedicación. La metodología geográfica de la que hacía gala Llopis, distinguiendo la ocupación del suelo, de la explotación y transformación del mismo, tampoco tiene nada que envidiar en cuanto a rigor científico y pedagógico adecuado a tales niveles. Resulta curioso leer su defensa de ámbitos donde los escolares puedan relacionarse, con motivo de la inauguración de una cantina escolar en Cuenca (*El Sol*, 27 de febrero de 1929), teniendo en cuenta que en la nueva Escuela de Magisterio que está a punto de sustituir la que él construyó, no está propuesta la ubicación de una cafetería.

En 1923, en compañía del profesor Bargalló, de la Normal de Guadalajara, funda Llopis la Revista de Escuelas Normales, de la que este acto es sentido homenaje y prolongación, y en 1925, no contento con la moderna perspectiva pedagógica y geográfica de que hacía gala, obtiene una beca de la Junta de Ampliación de Estudios para perfeccionar sus conocimientos por Europa. Con este motivo visita París, Grenoble, Ginebra, Bruselas y Lovaina, contactando con los mejores especialistas de su disciplina y escribiendo y traduciendo algunas obras importantes, como la de Ovidio Decroly. A su vuelta a España su vocación política va creciendo y radicalizándose, aunque nunca olvida su primera vocación pedagógica y en numerosos artículos critica la enseñanza de nuestro país y dice cosas tan curiosas como que las prácticas de las Normales son «una farsa», o que las oposiciones son «un absurdo» (*El Sol*, 2 de octubre de 1929). ¿Quién no seguiría suscribiendo estas tesis en el 2001? ¡Curiosa inutilidad del tiempo que se limita a poner, como dice Proust, una careta sobre nosotros mismos, para despistarnos!

La caída del fascismo de Alemania y Austria, patria de tan grandes renovadores pedagógicos, tuvo que influir en Llopis para que radicalizara su pensamiento marxista, aunque no tenemos confirmación expresa que lo confirme. No obstante, diversas conferencias de sus viajes por Sudamérica y Moscú (1928-1930) demuestran esta radicalización política que le hace abandonar la carrera normalista y dedicarse por entero al periodismo y a la acción política.

No quisiera terminar estos breves apuntes sin recordar que en su cargo de Director General de Primera Enseñanza, Rodolfo Llopis no olvidó nunca las Escuelas Normales donde había sentido el primer choque con la razón y la sinrazón de sus paisanos, como Don Quijote con los famosos molinos de viento, y tal vez por eso trabajó continuamente para aumentar, en la medida de sus posibilidades, el nivel de vida y de formación de los maestros conquenses y españoles en general. Una ocasión singular para escuchar alguna de sus ideas e intenciones sobre el magisterio español, fue la Semana Pedagógica Conquense, que organizó la Escuela Normal de Cuenca en 1932 y a la que asistió Llopis en compañía del propio Ministro Fernando de los Ríos. En sus dos intervenciones en dicha Semana Pedagógica Conquense (no sé si había habido otra de esas características desde entonces con asistencia del Ministro del ramo), dice Llopis cosas tan sabrosas como las que siguen: «Cuando en mi despacho de Madrid me presentasteis una instancia solicitando permiso para celebrar esta Semana, yo os pregunté qué ayuda económica necesitabais. Y me contestasteis que ninguna. Quiero que conste públicamente vuestra actitud (¡Oh tempora, oh mores!)... Vemos que por parte del magisterio ha sido comprendida con toda lealtad la intención que ha tenido la República al querer liquidar rápidamente la triste herencia de la incultura que nos legó la Monarquía... Mucho importa que se levante un día el Ministro de Hacienda, Sr. Carne, y diga que tenemos que cargar con una deuda de 25.000 millones de pesetas que nos dejó la Monarquía y que la República debe cancelar, pero para nosotros es mucho más grave habernos encontrado con que la mitad de los españoles no saben leer ni escribir... Vamos a iniciar un plan quinquenal para abrir 27.151 escuelas en cinco años, para recoger todos los niños en edad escolar que hoy, queriendo ir a la escuela, no pueden hacerlo... El Consejo de Ministros en el que se aprobó el pase a cinco mil pesetas de los maestros que sólo disfrutaban de dos mil o dos mil quinientas de sueldo (anuales), un sueldo de hambre, fue un Consejo histórico y simbólico, pues en ese mismo día se aprobó una baja en el Ministerio de la Guerra de trescientos millones de pesetas...» y más cosas de esta guisa, pero quizás, la que más me ha llamado la atención es cuando dice, casi al final de su intervención: «Lo que queremos decir es que la escuela no tiene sentido alguno si no es una escuela libertadora del espíritu humano, libertadora de la conciencia». Tal vez conseguir este fin supremo, en su periodo de Director General, Llopis hizo construir la Escuela Normal de Cuenca que dentro de pocos meses va a ser sustituida por un flamante edificio (mucho más estrecho y funcional que el anterior), donde no sabemos si se seguirá enseñando a los alumnos a «libertar espíritus» o a clonarlos, función mucho más moderna y prometedora de nuestro tiempo.